

El cuarto rojo

Milena Rojas Ramírez

Ilustraciones de Gilberto Vargas Vega

loqueleo

Cambio de universo

Mudanza. Para una familia que siempre vivió en una casita en el patio trasero de los abuelos, la palabra mudanza era poco más que una extraordinaria aventura. No solo era la ilusión de un nuevo barrio, nuevos amigos y hasta una nueva escuela. Era la posibilidad de tener, por primera vez en mi vida, una habitación propia.

Para mí, así como para mi hermana Sele-
ne, la emoción era enorme. Ya habíamos vi-
sitado la nueva casa el día que papá y mamá
decidieron comprarla. Pero no habíamos teni-
do tiempo de imaginarnos viviendo allí, ni de
sentirnos colonizadoras de ese nuevo espacio.

O al menos eso era lo que yo pensaba.

6 Para hacernos más ameno el viaje tras el camión de Mudanzas La Segura, los abues nos habían preparado un paquete enorme de entretenimiento con juegos DS, algo de lectura, música de nuestro gusto (que todavía me pregunto ¿cómo consiguieron?) y una extraordinaria cantidad de golosinas.

—¿Qué tienes ahí? —le pregunté a Selené que escarbaba en el fondo de la bolsa, cuando ya no nos cabía nada más.

—Ah, es una revista de decoración que abue Laura y yo vimos hace unos días en el súper. ¡Qué lindo de su parte regalármela!

—¿Y para qué la quieres? —pregunté todavía sin entender.

—Pues para elegir el estilo de mi nueva habitación, tontita.

Esa era Selene. La breve visita del día que papá nos sorprendió con la compra de la casa, le bastó para desplegar su mente calculadora tras el mejor cuarto. Bien sabía yo que nuestras habitaciones estaban en el segundo piso, pero no tuve la malicia suficiente para imaginarme dueña de una de ellas, ni preparar argumentos convincentes y ganarle el pulso a Selene, si nuestros gustos llegaban a ser iguales.

7

Así que, durante el resto del viaje, y sin ser demasiado evidente, me di a la misión de interrogar a mi hermana, y de esta manera saber sus preferencias. Para empezar, ella era mayor que yo, y a veces los papás consideran que esto significa tener el derecho de elegir primero. Además, no quería que ella supiera que ni me acordaba de cómo eran las habitaciones. Estaba segura de que, a la menor señal de interés de mi

parte, se me adelantaría solo por el placer de ganar.

—¿Y no te daría miedo dormir sola?

—lancé la pregunta desinteresadamente.

—¿Miedo? ¡No seas bebé!

—Bueno, hemos dormido siempre juntas...

8 —Razón de más para querer ya mi propio espacio, ¿no? Además, no me gustan los lugares cargados, y tu cama llena de monos de felpa es pavorosa.

—Pero tú también traes cientos de cosas de nuestra vieja habitación. ¿Qué vas a hacer con ellas?

—Para eso precisamente es que necesito esta revista.

Tanto me esforcé haciendo mis averiguaciones, que terminé agotada, y para cuando finalmente llegamos, ¡yo estaba dormida!

No hay palabras para describir mi sorpresa, cuando papá me despertó. Con los

ojos soñolientos y las pestañas pegajosas, vi nuestro carro ya vacío. Según papá, hacía media hora que los demás estaban instalándose en la casa.

¡A la conquista de un espacio!

—Pero papá, ¿cómo que ya llegamos?

11

—Si cariño, y apúrate, porque vas a perder la oportunidad de escoger tu cuarto.

En medio de cajas, bolsas y gente cargando muebles, las gradas del segundo piso eran mi objetivo final. Afortunadamente, Sele ne no se veía arriba. Mi esperanza era que, siendo ella la mayor, hubiera sido reclutada por mamá para guardar la cristalería o preparar algún refrigerio, mientras que a mí, la menorcita, no había por qué molestarla.

Al final de las escaleras, que subí sonriendo con la idea de sacar ventaja, tuve que parar y respirar profundo. Pero el aire no

había terminado de llegar a mis pulmones, cuando vi, al final del pasillo ¡a Selene de brazos cruzados contemplando las puertas abiertas de las habitaciones vacías!

—¡Ah!, llegas tarde... —sonrió burlona.

—Te equivocas, no tengo ninguna prisa

12 —mentí—. Estaba buscando el baño.

—Perfecto, porque aún no decido.

Como disfrutando del momento, Selene se paseaba de una puerta a la otra.

—Este cuarto es más grande, ¿sabes?

—¡Ah!, ¿sí?

—Pero este tiene una ventana enorme...

Eso sí era un problema. La ventana enorme del cuarto verde y la vista luminosa del jardín, eran mi debilidad. Pero, como si no me interesara gran cosa, me asomé.

—Supongo que, como eres mayor, te mereces el cuarto más grande...

—Eso tiene sentido —concluyó Selene.

¡Había dado en el clavo! La idea de merecer la habitación más grande, le había gustado.

Aún estaba tratando de adivinar en la cara de Selene que no le interesaba el cuarto de la ventana grande, cuando noté, al final del pasillo, una puerta más.

—¡Qué bueno!, ya encontré el baño —dije, corriendo hacia la puerta. 13

—Si es un baño, ¡debe tener acceso a la habitación grande! —saltó triunfante Selene.

—Oye, eso no es justo —ladré mientras giraba la manija de la puerta.

Abrir y callarnos las dos fue exactamente lo mismo: aquella puerta no daba a un baño... era un cuarto rojo.

No tan chico como un baño, ni tan grande como una habitación. Este cuarto no tenía ventanas, pero en su techo, ligeramente inclinado, había un curioso domo acrílico. A través de él se colaba la luz, y

las paredes, rojo tomate, terminaban de un color naranja veteado.

—Este cuarto es muy chico para mí
—sentenció Selene, y se dio la vuelta.

14 No era usual, pero en este caso, yo estaba de acuerdo con ella. No imaginaba embutiendo todos mis libros, mis juegos de mesa, mi hámster, mi cama, mis muebles y mi ropa, en ese rincón sin vista al jardín. Sin embargo, el domo luminoso consiguió fascinarme.

¿Qué se vería en ese domo por las noches? ¿Tal vez un cielo estrellado? ¿O las ramas del eucalipto de los vecinos agitándose al viento? Ni siquiera me había dado cuenta de que no tenía más ventilación que una hilera de ventanitas delgadas paralelas al cielorraso. Yo estaba intrigada con ese inusual techo que parecía un planetario.